

ARKHAM HORROR

An illustration in a dark, moody style. On the left, a man in a trench coat and hat holds a flashlight, illuminating a large, dark, draped object. On the right, a woman with blonde hair sits at a desk in a library, looking towards the viewer. The background features architectural details like a doorway and bookshelves.

LETANÍA DE
LOS SUEÑOS

An illustration of a large, multi-story building with many windows, some of which are illuminated from within. The building is set against a dark background with stylized, geometric patterns. Two street lamps are visible in the foreground.

ARI MARMELL

ARKHAM HORROR

LETANÍA DE
LOS SUEÑOS

ARI MARMELL

minotauro

Título: *Letanía de los sueños*

Copyright © 2022 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.
Arkham Horror y el logotipo de FFG son marcas comerciales
de Asmodee Group y / o sus afiliados.

Versión original inglesa publicada en 2021 por Aconyte Books
Título original: *Litany of Dreams*
Ilustración de la cubierta: John Coulthart

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

© Traducción: Laura Vázquez

Edición revisada por: Eduard Roca

ISBN: 978-84-450-1163-8
Depósito legal: B. 2.580-2022
Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Youtube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

Era una canción suave cuyas notas estaban hechas del susurro de los papeles al moverse; el ruido sordo de cubiertas forradas en cuero; el sonido vibrante de las escaleras; el rasgar de las sillas; el frufú de los pantalones y las faldas, y el zumbido amortiguado de las conversaciones silenciosas que nunca lo eran tanto como los estudiantes creían.

Una canción suave que se filtraba por docenas de salas y pasillos abovedados y por cada piso de la famosa Biblioteca Orne de la Universidad Miskatonic. Una canción que, en un día normal, Daisy Walker encontraba empoderante y energizante gracias a sus sutilezas.

Ese no era un día normal. De hecho, ella no había tenido demasiados días normales durante los últimos meses.

Al principio, parte de su inquietud podría haberse debido a la ansiedad que sentía por sus nuevas responsabilidades. Este nuevo semestre de la primavera del 23 era solo el segundo desde que el doctor Armitage la había puesto a cargo de las Colecciones Especiales, los tomos restringidos y los escritos por los que la Biblioteca Orne era especialmente conocida. Los libros menospreciados allí valían más que su salario anual y el valor del lote completo era inconmensurable; no solo por el dinero, sino por su sabiduría irremplazable.

Sin embargo, Daisy se conocía lo suficientemente bien como para darse cuenta de que, aunque al principio sus nervios podrían haber superado su aplomo, se había adaptado a sus nuevas obligaciones con creces en los meses siguientes.

Y parte de esa inquietud podía deberse a los contenidos de aquellos tomos que ella había insistido en estudiar en cuanto el puesto quedó libre y Armitage dio a entender por primera vez que podría considerarla para el mismo. Aunque la mayor parte de las Colecciones Especiales era simplemente antigua, algunos de sus contenidos eran... peculiares.

Cuando había tenido la oportunidad, había leído detenidamente algunos de ellos: *De Vermis Mysteriis*, el *Necronomicón* incompleto de John Dee, la traducción de Del Arrio de la *Cábala de Saboth*... Aquellos libros hablaban de cosas antiguas, de hechicería caída en el olvido y de nombres que deberían haberlo hecho. Puesto que eran ventanas a culturas y creencias antiguas, le fascinaban, pero ¿qué había de su contenido real? Por supuesto, no se creía ni una palabra de lo que decían; no era más real que las imaginaciones de Gógol o Stoker. Pero, aun así, eso no había impedido encender algunas lámparas de más durante las últimas horas de sus turnos, revisar de nuevo las cerraduras antes de volver por la noche, o que —de vez en cuando— se despertase sudando de terror con pesadillas que nunca podía recordar con claridad.

De nuevo, Daisy se conocía lo suficientemente bien para saber que ningún viejo mito o cuento de hadas la perturbaría tan concienzudamente o durante tanto tiempo.

No, era...

—¿Señorita Walker?

—¡Oh! —La joven bibliotecaria se sobresaltó en el asiento y se agarró con las manos al borde del escritorio. Aquella era, por lo que recordaba, la primera vez que alguien abrió la puerta de su despacho sin que ella se diese cuenta.

Su despacho. Aún le llevaría un tiempo acostumbrarse a aquella idea.

—¡Oh! —El eco provenía de la otra mujer, aún más joven y de rostro redondo, que la miraba con los ojos abiertos de par en par desde la entrada—. ¡Lo siento mucho! No pretendía asustarla.

Daisy se apartó un largo rizo rubio.

—No te preocupes, Abigail. Solo estaba... perdida en mis pensamientos, supongo.

Tampoco es que tuviera intención de revelar aquellos pensamientos, ni los que tenían que ver con sus libros ni... con otras preocupaciones.

—Llamé a la puerta —se disculpó tímidamente Abigail—. Pero no

respondió, y sabía que estaba aquí, así que quería asegurarme de que estaba bien. —Entonces, quizá al notar la persistente vacuidad en el rostro de Daisy, añadió—: ¿Está bien?

—Sí. Supongo que estaba incluso más absorta de lo que pensaba. Tú... eh..., ¿querías algo?

Aquellos enormes ojos apartaron la mirada primero hacia un lado y luego hacia el suelo antes de volver a encontrarse con la suya.

—Solo..., es decir, pensé que debía preguntarle si necesitaba que hiciera algo en las... hum... las Colecciones Especiales.

—Ya veo. —Con una voluntad de hierro, Daisy evitó que sus labios se curvaran en una sonrisa astuta—. No, querida. Ahora mismo no hay nada que hacer.

—Oh. —Una vez más, la chica lanzó una breve mirada en la dirección de las cámaras restringidas—. ¿Está...? hum..., ¿está segura?

La sonrisa luchaba con todas sus fuerzas por dibujarse en su rostro, pero al mismo tiempo, Daisy contuvo el impulso de sacudir la cabeza. Abigail Foreman era una trabajadora estudiantil diligente y a Daisy le haría feliz que se quedase una vez se graduase siempre que su interés por la biblioteconomía la llevase en esa dirección.

Sin embargo, se despistaba con demasiada facilidad, especialmente con distracciones masculinas.

—Abigail, tus obligaciones incluyen prestar ayuda a los estudiantes y a los usuarios de la biblioteca cuando estos lo solicitan, no ir endilgándosela a aquellos que no han pedido nada por el estilo.

Abigail se sonrojó hasta que su piel prácticamente comenzó a brillar.

—Sí, señorita. Lo siento, señorita.

Entonces Daisy se permitió sonreír con la esperanza de suavizar ligeramente aquella reprimenda.

—Mira, creo que alguien me dijo que la sección de Estudios Sudamericanos debería reorganizarse.

En cuanto Abigail tomó la vía de escape que le ofrecían y huyó del despacho, Daisy exhaló el suspiro que había estado conteniendo durante los últimos segundos. Le caía bien la chica y normalmente habría sido más permisiva con su último encaprichamiento; quizá incluso lo hubiera incentivado.

Raslo. ¿Por qué, de todos los jóvenes atractivos que poblaban el campus de la Miskatonic, las atenciones de aquella pobre chica habían

recaído sobre Elliot Raslo? Incluso si no hubiese estado atrapado por la incertidumbre y la pena, incluso si todo en su vida y en la Universidad Miskatonic hubiese ido perfecto, incluso así...

Pero aquel no era su secreto. Al chico le mortificaría saber incluso que ella lo sabía.

Daisy se levantó —y, al hacerlo, rayó el suelo con la silla—, se adecentó cuidadosamente la falda y la blusa y abandonó su despacho en la dirección opuesta a la que había tomado Abigail.

La cámara exterior de las Colecciones Especiales era una sala de lectura que únicamente consistía en una mesa, un puñado de cómodos sillones tapizados y una lámpara. A los estudiantes y los visitantes se les permitía hacer uso de la colección solo de forma individual o en grupos pequeños y exclusivamente en ocasiones especiales dependiendo de la antigüedad, la naturaleza de su investigación y a cambio de trabajo voluntario. Durante las últimas semanas, asumiendo que nadie más había reservado la sala, había sido una moneda al aire que Elliot estuviese allí. Además, a Daisy no le habría sorprendido verle allí incluso si no lo supiese ya gracias al interés descarado de Abigail.

El joven estaba sentado con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, por lo que Daisy no estaba segura de si estaba despierto. Tanto su abrigo marrón como su negro cabello estaban revueltos; en el pasado, no hacía tanto, le habría disgustado ser visto en público en ese estado.

—¿Elliot?

Efectivamente, estaba despierto, pues alzó hacia ella una mirada empañada por el agotamiento y la agitación. Su rostro (algo más moreno que el de ella debido a un abuelo de origen mediterráneo) mostraba una barba incipiente de varios días.

—¿Alguna noticia?

Esa era su primera pregunta casi cada vez que lo veía, sin importar que ella le hubiera dicho en más de una ocasión que en cuanto oyese algo se lo haría saber inmediatamente.

—No. —Apartó una silla y se sentó frente a él—. Nada.

—¡Maldita sea! —Entonces, bajando la voz antes de que ella tuviera que recordárselo, añadió—: Inútiles, todos ellos.

Ella sabía que se refería a la policía de Arkham. Aquello también era parte del ritual, una conversación que habían tenido tantas veces que suponía que le reconfortaba ligeramente cada vez que la repetía.

—No tienen mucho con lo que trabajar —le respondió Daisy.

En efecto, no tenían casi nada. Chester Hennessy, el mejor amigo y compañero de habitación de Elliot, había desaparecido sin dejar rastro; un hito que el profesor Polaski, el mentor y el asesor de Chester durante la investigación en curso, repitió unas semanas después.

—Ignoran lo poco que tienen —insistió Elliot mientras se frotaba el ojo con un nudillo—. Aún los tratan como si fueran incidentes separados, cuando cualquier idiota vería que no lo son. Siguen insistiendo en que Chester huyó por esa zorra...

—¡Esa lengua, señor Raslo!

Él reculó como si le hubiera abofeteado.

—Yo..., por supuesto. Lo siento mucho, señorita Walker.

Daisy sabía que lo decía en serio. Elliot era, por lo menos, un alma amable y cortés; al menos cuando no estaba exhausto, frustrado y asustado.

Ella posó la mano sobre la del chico y contuvo un gesto de dolor cuando él se aferró a ella como un bote salvavidas. Normalmente Daisy habría movido el libro que descansaba ante él sobre la mesa y se habría negado a dejarle posar las manos sobre su tapa de aquella forma por miedo a que la grasa de su piel pudiera dañar aquel material antiguo, pero por uno o dos segundos no pasaría nada.

Tampoco era la primera vez que él le pedía aquel ejemplar. Llevaba semanas tratando de desandar la investigación de Chester con la esperanza de que algo en los esfuerzos recientes del estudiante desaparecido (el proyecto que lo había absorbido en cuerpo y alma durante meses) arrojase algo de luz, aunque fuese débil, sobre el misterio de su desaparición.

Hasta ahora, salvo que estuviese ocultándole información, había tenido exactamente el mismo éxito que los policías a los que maldecía por ser idiotas y memos: ninguno en absoluto.

A ella no le importaba su presencia y, desde luego, apreciaba su ayuda. Al igual que Chester antes que él, con el fin de poder disfrutar de más tiempo en las Colecciones Especiales, Elliot trabajaba como voluntario ayudando a ordenar documentos sin importancia para la Biblioteca Orne y la universidad en general: cartas y documentos personales que legaban los antiguos alumnos; viejos recortes de periódicos; reportajes sobre artefactos históricos robados de museos y otras universida-

des a los que debían estar atentos, y demás. Él afirmaba que era solo un esfuerzo más para encontrar a su compañero de habitación desaparecido, pero Daisy creía que era una forma de sentirse más cerca del amigo que había perdido. En los días en los que podía centrarse, Elliot era incluso mejor que Chester en ese tipo de tareas rutinarias pero esenciales. Aun así, ella cada vez se preocupaba más de su creciente obsesión, por no hablar del daño que le estaba haciendo a su carrera académica. Daisy sabía que debía de estar saltándose clases para estar allí a todas horas.

¿Habría sido su indulgencia con las Colecciones Especiales y su investigación peligrosa para Chester Hennessy? Por improbable que fuera, era ese miedo lo que la mantenía despierta por las noches y le hacía perder la calma durante el día. Aquel no era un error que tuviese ganas de repetir con su amigo, por mucho que él sintiese la necesidad de seguirlo.

—Elliot —comenzó a decir por fin—, tienes que...

Daisy no había cerrado la puerta de la sala de lectura, así que les llegó la agitación y oyeron la repentina algarabía que se inmiscuyó en la biblioteca. No había gritos, aún no; sino voces que se alzaban en disconformidad y que podrían convertirse fácilmente en gritos.

¿O en algo peor?

La bibliotecaria se levantó con la espalda tan tensa como su expresión. Incluso en los mejores momentos, Daisy no tenía paciencia con aquellos que perturbaban la paz de su biblioteca. Quienquiera que hubiese sido tan tonto como para elegir aquel día para hacerlo, en medio de todas sus otras preocupaciones, corría el riesgo de recibir una respuesta hostil por su parte.

—Lo siento mucho. Perdona.

Y, con el rumor de su falda de lana, abandonó la sala.



Elliot observó cómo se alejaba sin que su agotada mente registrase inmediatamente el significado de lo que habían oído.

La señorita Walker, sus profesores, sus compañeros... Todos atribuían su distracción constante a la pena y la preocupación, incluso cuando no podían entender lo mucho que...

Bueno, en parte tenían razón. Pero solo en parte.

Y atribuían su investigación y su apremiante obsesión por desandar

la investigación de Chester a la esperanza compulsiva y casi totalmente fútil de localizarle cuando la policía y su propia familia no habían podido hacerlo.

En parte tenían razón. Pero solo en parte.

La otra razón no se la había mencionado a nadie.

Que una tarde, un entusiasmado Chester le había contado que la pista para acabar por fin su misterioso proyecto (el que afirmaba que excedería todas sus ambiciones y consolidaría su nombre en los anales de los estudios arqueológicos antes incluso de haber completado su educación) había sido encontrada. Aunque entonces se había resistido a explicar exactamente qué había encontrado o cómo podía ayudar aquello.

Que en los últimos días antes de su desaparición, Chester se había vuelto distante, apático y estaba constantemente preocupado. Dormía mal y apenas hablaba. Había empezado a murmurar para sí, a veces en francés o en idiomas que Elliot no podía identificar ni mucho menos interpretar.

Los propios estudios de Elliot, enfocados en la psicología de la mente humana, le llevaron a creer que los esfuerzos de su amigo se habían convertido en una obsesión peligrosa y quizá incluso patológica. Por fin, se comprometió a enfrentarse a Chester, aunque su corazón latía con fuerza y su estómago se retorció sobre sí mismo como un gusano moribundo solo con pensar en lo que podría hacer una intervención así con su relación... Pero Chester desapareció antes de que pudiese reunir el valor para hablar.

Y desde entonces...

Desde entonces, el propio Elliot se había despertado de pesadillas abruptas que solo recordaba a medias la mayoría de noches, tiritando por un frío gélido que no tenía nada que ver con la temperatura de la habitación en la que dormía. Pesadillas en las que no solo había hielo, sino también cosas que se movían entre las sombras, cosas que habitaban tras las infinitas capas de granizo y aguanieve.

Él podría haber gestionado los sueños. Era aquella repetición constante la que amenazaba con volverle loco.

No eran más que unas pocas palabras, media frase. Algo en aquel idioma desconocido y que Chester había mencionado solo una vez, cuando Elliot podía oírlo. Se había clavado en lo más profundo de su

mente como un picor constante que no podía aliviar y tampoco podía dejar de *intentar* rascarse, un eco que se repetía una y otra vez y envolvía toda conversación borbotando tras cada clase hasta hacerle querer gritar.

Bramar aquellas palabras.

Esa frase, ese fragmento, era lo que le distraía más que cualquier búsqueda o dolor. Y él sabía, sin tener del todo claro cómo, que habría sido mucho peor y podría haber perdido toda cordura y autocontrol si no fuera por el otro descubrimiento que había hecho al seguir la investigación de Chester. Aquel otro mantra.

Era solo un mantra, ¿no? No podía ser realmente...

Otro estallido de voces alzadas que aún no se habían convertido en gritos, proveniente del escándalo que tenía lugar fuera de la biblioteca, le sacó de sus reflexiones. Elliot se vio obligado a levantarse del sillón. Dudaba que la señorita Walker o el personal de la biblioteca necesitase ayuda alguna para afrontar cualquier problema que hubiera surgido y, en la remota posibilidad de que así fuera, no podía imaginar qué ayuda podía prestarles él. Así que fue más por una necesidad desesperada de distraerse que por una llamada del deber por lo que atravesó el pasillo siguiendo la estela de la bibliotecaria.

Toda actividad normal en la sala principal de la biblioteca se había detenido abruptamente mientras los estudiantes curioseaban por encima de sus libros y sus papeles el enfrentamiento que en aquellos momentos se gestaba junto al enorme vestíbulo. Algunos de los empleados de la Orne y dos de los guardias de seguridad uniformados de la Mis-katonic se habían reunido alrededor de un extraño que al parecer había intentado acceder a la biblioteca.

El hombre no parecía un estudiante, empleado o exalumno ni por asomo y, aunque la Biblioteca Orne estaba abierta al público, los visitantes debían ser investigadores invitados o haber reservado cita con bastante antelación. A juzgar por las voces elevadas, algunas claramente cansadas de repetirse, el extraño no cumplía ninguno de los requisitos.

Elliot no tenía ni la más remota idea sobre de quién podría ser aquel hombre. No era especialmente alto, pero sus hombros anchos y su barba poblada hacían que lo pareciese. Llevaba un abrigo largo y pesado que podría haberse camuflado lo suficientemente bien por las calles de Arkham, pero las botas que dejaban al descubierto los bajos de sus pantalones, hechas de algún tipo de cuero flexible, no se parecían a ningún

estilo que el joven hubiese visto nunca. Tampoco los rasgos de aquel hombre, chatos y más morenos que los del propio Elliot, le resultaban familiares. El joven estudiante no era precisamente un hombre de mundo, por mucho que desease lo contrario, y fue incapaz de ubicar la tierra de origen de aquel extraño. Le recordaba ligeramente a un investigador mongol al que había conocido y, en cierto modo, a un indio americano, pero no encajaba exactamente con ninguno de los dos.

—¡Solo son unas preguntas! —La voz del extraño era profunda, resonante; y su acento, al igual que todo lo que le rodeaba, se escapaba demasiado de la experiencia de Elliot como para que pudiese ubicarlo—. ¡Seguro que alguno de sus bibliotecarios tiene cinco minutos!

Uno de los guardias de seguridad comenzó a negarse de nuevo y dio un paso desafiante hacia él. Puede que fuera la amenaza de que aquel conflicto se convirtiese en una auténtica pelea lo que incentivó a Daisy Walker, que hasta entonces merodeaba alrededor de la situación, a intervenir.

—¿Y cuáles son esas preguntas, señor...?

—Señorita Walker —protestó el guardia de seguridad—, no creo que deba...

—No pasa nada, Floyd.

El extraño se volvió hacia ella y abrió su abrigo para revelar un despliegue de colgantes y amuletos que rodeaban su cuello, enganchados en un verdadero matorral de correas de cuero y tripas de animal. Desde su posición, a Elliot le pareció ver (aunque no podía estar seguro) viejas baratijas de hueso, madera, piedra y cuero grueso, todas ellas talladas o cosidas con pequeños diseños que desde aquella distancia no podía distinguir.

—Shiwak —respondió el hombre a la pregunta implícita de Daisy—, Billy Shiwak.

—Muy bien, señor Shiwak. ¿Qué es tan urgente como para tener que armar un escándalo así en mi biblioteca?

«No, no es hueso», decidió Elliot mientras se preguntaba ociosamente por qué estaba tan concentrado en los accesorios de aquel hombre, Shiwak. «Es marfil.»

Tras aquellos últimos segundos de tensión, Shiwak parecía casi confuso ahora que tenía la oportunidad de formular sus preguntas. Miró a su alrededor por un momento como si buscara las palabras adecuadas.

—Para empezar —comenzó—, espero que pueda decirme dónde puedo encontrar a un hombre llamado Jebediah Pembroke. Me han dicho...

Elliot nunca descubrió lo que le habían dicho, porque Daisy Walker se quedó totalmente inmóvil al oír aquel nombre, aunque para el propio joven no significaba nada. Durante sus tres años y medio en la Mis-katonic, Elliot nunca la había visto reaccionar así ante nada.

—¿Cómo se atreve?

Todo el mundo, incluidos los guardias de seguridad y el propio recién llegado, retrocedió sorprendido.

Daisy prosiguió con una voz casi vibrante.

—No sé qué tipo de chismes y rumores ha estado escuchando, pero no me someteré ni a mí ni a estas salas a sus... sus calumnias.

—Señorita Walker, le aseguro que no era mi intención insultar. Simplemente...

—Le agradecería que abandonase mi biblioteca ahora mismo, señor Shiwak.

—Por favor, yo...

—Le agradecería que se fuese.

El hielo que envolvía cada una de sus palabras y una mirada al rostro severo de los dos guardias de seguridad parecieron convencer al hombre de que seguir discutiendo no le haría bien a nadie. Con una firme inclinación de cabeza se encaminó hacia las puertas seguido de cerca por los guardias.

Daisy se giró sobre sus talones, horadando un hoyo con sus tacones en la fina alfombra del recibidor.

—Esto sigue siendo una biblioteca —anunció con firmeza tanto para el personal como para los estudiantes—, no un teatro.

Los rostros se volvieron rápidamente hacia los libros, los apuntes o las tareas habituales. Con la cabeza alta, la bibliotecaria atravesó la sala principal de vuelta hacia su despacho.

Solo Elliot se quedó mirando fijamente las puertas sin apartar la vista del hombre que había desaparecido tras ellas, pues solo entonces, cuando la maldita frase volvió a su volumen habitual en lo más profundo de su mente, se dio cuenta de que esta se había silenciado por un momento, aunque fuera un poco.

Se había silenciado ante la presencia del extraño Billy Shiwak.